

ONTOLOGÍA DEL CATOLICISMO

En homenaje al R. P. Osvaldo Lira Pérez, SS.CC.

A fuer de ser usadas, las palabras van perdiendo su significación hasta hacerse perfectamente *insignificantes*. Es lo que ha ocurrido con **catolicismo**. En la mente de muchos, ha pasado a designar ciertos ritos y ceremonias que no les dicen nada[1].

Lo primero es comprender que, por ser abstractiva, nuestra inteligencia elabora visiones parciales de sus objetos. No es que sean falsas, tan sólo son incompletas. Así, de las múltiples visiones que podrían ser consideradas, nos vamos a limitar a dos: la que entiende el catolicismo como religión, para dedicar una segunda parte a pensarlo como vida.

EL CATOLICISMO COMO RELIGIÓN

Comencemos con una distinción, como corresponde en un buen tomista. Nuestra falta de formación lógica nos hace confundir el sentido exclusivo con el afirmativo. No se oponen entre sí, pero casi siempre se usa el primero y se ignora el segundo. Este segundo no excluye que el predicado afirmado pueda serlo de modo aun más intenso. El primero sí. Así, en sentido afirmativo, sostenemos que el hombre es sensitivo; en exclusivo, que es racional. Aplicado a nuestro tema, decimos, en sentido afirmativo, que es una religión, una entre otras; pero si lo entendemos en sentido exclusivo, como normalmente se hace, caemos en un terrible error. Porque el catolicismo es mucho más que eso, es más una sustancia que un accidente; en una palabra: es una vida. Y como el vivir es el ser de los vivientes, el catolicismo nos da un nuevo ser, del que carecen los que no lo son.

Consecuencia nefasta de la visión meramente religiosa del catolicismo es la mala intelección de las actividades sagradas y profanas, como si sólo las primeras pertenecieran al católico, en cuanto tal. Como si lo específico se impusiera sobre lo existencial. Como el católico es tal por la Gracia Deiformante, toda su actuación queda, a radice, sobrenaturalizada; en consecuencia, su catolicismo no se ha de encerrar en la sacristía sino informar su vida entera.

Por ello no se entiende hoy que el catolicismo es la única religión verdadera, la única que nos vincula a Dios. Pretensión ridícula si la limitamos a un conjunto de ritos y oraciones, cosa que podemos hallar en todas. Por eso, la religión verdadera no puede limitarse a ser exclusivamente una religión[2].

Es que no es lo mismo un acto específico de la virtud de religión, que puede ser realizado en cualquiera de ellas, con un acto sobrenatural, como lo son todos los que realiza un bautizado en estado de Gracia[3]

¿Dónde está la diferencia? No en que sea religión, por supuesto, sino en que sea la única verdadera.

Porque las demás religiones no pasan de ser hábitos naturales, incapaces de reunir al hombre con su Creador. Para ello se necesita algo más, dado que el Creador es completamente trascendente a su creatura. Pero es que ninguna religión nos convierte en hijos de Dios. Si bien hay un solo Hijo de Dios, por adopción lo somos todos los bautizados. Por eso decimos que hemos recibido una Gracia sobrenatural. El P. Osvaldo, empero, prefiere llamarla *sobrexistencial*. Porque no infunde en nosotros nuevos caracteres específicos, que se añadan a nuestra naturaleza, sino que nos infunde un nuevo ser, un nuevo existir[4]. Por ello no podemos distinguir a un bautizado en Gracia de uno que no lo está; porque nuestra inteligencia capta valores esenciales, no el existir.

Por ello sólo es católico en serio el santo. Porque si bien la virtud de religión es la más alta de todas al, por lo menos, intentar unir al hombre con Dios mediante el culto, la santidad lo hace, en cambio, con todos los actos realizados por esa persona. Por lo que, como el catolicismo es un principio de vida santa, solo quien llega a tan alta cima es realmente católico.

Como toda religión intenta serlo verdaderamente, ninguna puede reducirse a ser solo religión; todas intentan convertirse en norma de vida de sus creyentes. Pero la nuestra, por su Gracia, ennoblece a la persona desde su misma esencia, no haciéndola otra, sino haciéndola mejor, de modo que realice de modo más intenso y perfecto lo que es por naturaleza.

EL CATOLICISMO COMO VIDA

Concluimos, pues, que el catolicismo no consiste en una mera actividad, sino en una vida verdadera. Por raro que parezca, a la vida natural se le suma una nueva vida que, por añadidura, es trascendente. Es la obra de la Gracia que el P. Osvaldo prefiere llamar *Deiformante*. Con lo que nos asomamos a un impenetrable misterio: Dios hace coincidir su existir puro con el nuestro, lo que ha llevado a los mejores teólogos a sostener que Dios es más íntimo a mí que yo mismo. Tan misteriosa realidad se halla enseñada en el Sermón de la Montaña que nos conservara san Mateo en su evangelio. En numerosas ocasiones nos habla de nuestro Padre que está en los cielos. Mas no puede haber un padre sin hijos. Incluso

termina con una exigencia impresionante: “sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” (V, 44). Pero donde se aprecia mejor la intensidad de la Revelación es en aquella sorprendente declaración: “No llaméis padre a nadie sobre la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el que está en los cielos” (XXIII, 9). Ante su paternidad sobrenatural toda otra queda eclipsada; o, dicho con otras palabras, nadie es padre tan intensamente como Dios[5]. Verdad corroborada, por cierto, en los restantes Evangelios y demás textos del Nuevo Testamento[6]. Y es obvio que somos hijos, no por lo que hacemos, sino por lo que somos. Es más: somos, por ser hijos[7]. Digna coronación de esta realidad inefable es la oración que nos distingue: el Padre Nuestro.

Es más, como nos lo revela san Pablo, la paternidad divina en el mismo seno de la Santísima Trinidad, se convierte en el supremo analogado de toda paternidad: hay paternidad en este mundo, porque primero la hay en ella.[8] Por eso los católicos no obran por *solidaridad*, virtud meramente humana, sino por *caridad*.

Para comprender mejor la profundidad del misterio, el P. Osvaldo nos recuerda el análisis metafísico de la persona humana que distingue en ella sustancia, esencia y los accidentes, enraizados en ella. Así como también es preciso distinguir, con distinción inadecuada, su existir de su actuar; y digo inadecuada, porque es obvio que el actuar dimana y se enraza en el existir. De modo que dicho existir es la fuente o manantial de toda la actividad que la persona desarrolla. Es más, nuestro existir se identifica, sobrepasándolo, con nuestro actuar, que, con razón, debe ser calificado como siendo *de un ente más que un ente*, como dice santo Tomás de todos los accidentes. Por ello, por ser adjetivas, las actualizaciones, que con nuestro actuar vamos consiguiendo, jamás se identificarán con la persona que las supera ampliamente por su condición de ser un ente sustancial. De modo que hemos de tener bien claro que en nosotros se dan dos planos: el de la esencia sustancial con su actualización correspondiente que es su existir, y el de las facultades cuya actualización corre por cuenta de sus operaciones.

Estas distinciones nos explican esa profunda continuidad de nuestra existencia, que jamás se interrumpe. Todas nuestras actividades cesan tarde o temprano, pero nuestro vivir substancial nos acompaña toda la vida; por ello las trasciende absolutamente. Por lo mismo lo que realmente importa no es lo que hacemos sino lo que somos. Y es este ser, fuente de toda actividad, el que es adoptado por Dios y convertido en hijo suyo. Por ello la Gracia está presente en todo lo que haga el bautizado y no se encierra en la sacristía, como pretenden los ignorantes. Y somos sus hijos más que de nuestros padres naturales que nos proporcionan la

esencia, mas no el acto de existir, que solo Dios da[9]. En este caso, nos otorga una *sobreexistencia* misteriosa y sublime. De aquí proviene el que nuestra actividad pueda dar frutos de vida eterna, sea una actividad sobrenatural, no importa sobre qué verse, porque dimana de un sujeto sobrenaturalizado, deificado por la misteriosa presencia de Dios en él. Por lo mismo, en el exterior, nada se muestra; hasta que se manifieste nuestra condición de hijos de Dios, como dice san Pablo[10].

Sin embargo, hay una notable diferencia entre ambas vidas, la natural y la sobrenatural. Mientras la primera es obtenida y perdida con perfecta independencia de nuestra voluntad, la segunda no. De aquí nace el concepto de pecado mortal, que no tiene equivalente óptico. Por la natural nos constituimos en personas, es decir, en sustancias racionales; mientras que por la sobrenatural, no. Ésta es un *habitus* que inhiere en aquella y la perfecciona sin suplantarla. Por su carácter adjetivo, pues, puede aminorarse e, incluso, esfumarse. De ahí la importancia de dedicarnos con esmero a mantenerla viva y permitirle fructificar en actos acordes con su naturaleza. Por ello insistimos: sólo un santo es plenamente católico.

Dado que esta nueva vida adviene a un ente perfectamente constituido, hemos de considerarla accidental; mas, al mismo tiempo, primer principio intrínseco de acción[11]. El problema radica en que una forma accidental no goza de tal cualidad que es exclusiva de una forma sustancial. Es que el misterio supera nuestra débil inteligencia. Como nuestro entendimiento está habituado a concebir con ayuda de la experiencia sensible, se halla incapacitado para comprender realidades tan altas. Tan sólo mediante la analogía logra algo de luz y comprensión en su esfuerzo por entender la Revelación de que ha sido objeto. Por ello el P. Osvaldo se detiene a explicarnos la estructura ontológica de nuestra vida natural, para así facilitarnos la comprensión de la sobrenatural. Por supuesto que no se trata de desarrollar toda una antropología sino de detenernos brevemente en aquellas estructuras que nos permitan comprender algo nuestra vida Gratuita, como gustaba decir a santo Tomás. Nos limitaremos a las de esencia-existencia y sustancia-accidente. En cuanto a los accidentes, nos limitaremos a aquellos que son formas puras, es decir, cualidades predicamentales que necesitan de un sujeto para existir y desarrollar su actividad.

Es obvio para todos que los entes presentan un existir propio y único e innumerables actividades. Estas últimas no existen en sí, sino en virtud de ese existir único del sujeto que las realiza. Es evidente, además, que no es lo mismo el actuar que el existir. Este existir nuestro es humano y se ennoblece o perfecciona gracias a nuestras operaciones. Pensamos que la misma estructura se da en los entes que observamos. Pero este constitutivo esencial por

el que *somos lo que somos* no es conocido directamente sino en cuanto es manifestado por las actividades adjetivas que lo expresan. Así, pues, la persona es el lugar óptico de todas las operaciones y actuaciones del compuesto humano. Incluidas, por cierto, hasta la última actividad biológica de nuestro organismo. Porque, a decir verdad, no son nuestras facultades las que actúan, sino el sujeto por medio de ellas. Por lo mismo hemos de considerar en toda actividad dos principios: la facultad implicada en la acción y el sujeto sustantivo. No ve el ojo, yo veo por él. Lo que no es más que aplicar ese principio tan luminoso: *los accidentes son de un ente más que un ente*. Dicho con más exactitud: la operación se atribuye a la persona de modo eminente, a la facultad de modo formal.

Por su parte las facultades son perfeccionadas por los hábitos a fin de realizar mejor su actividad propia. Sin dicha habilitación, su acción será algo torpe; en cambio, convenientemente habituadas, podrán dar frutos de notable perfección. La relación que se establece entre el hábito y la facultad es similar a la que se da entre la facultad y la sustancia en la que radica. Por lo mismo la acción pertenece más a la facultad que al hábito que le permite realizarla. Podríamos decir que se da en este caso una analogía de proporcionalidad propia[12].

De modo similar hemos de comprender el influjo de la Gracia Deiformante sobre nuestras actividades sobrenaturales. La gracia no suprime a la naturaleza. Por ello, el cristiano sigue siendo tan humano como antes, pero ennoblecido y elevado a un nivel incomparablemente más perfecto. Sin embargo hemos siempre de reconocer el misterio y atenernos a la analogía, como ya dijimos.

Expliquemos, pues, la vida sobrenatural en forma analógica a la natural. La Gracia actúa como ese principio sustancial de la vida natural y es el origen remoto de toda la actividad sobrenatural. Dicho principio natural está configurado por formas accidentales, las facultades o potencias que son directamente operativas. Mas aquí ya no hay correspondencia en el orden sobrenatural porque éste se encarna en el natural y no hay facultades sobrenaturales. En su lugar tenemos unos hábitos muy especiales: los dones del Espíritu Santo. Es que la gracia es divinizante, mientras nuestra naturaleza es humanizante. Sólo Dios puede regir y dirigir virtudes divinas por lo que el Espíritu Santo se hace presente en el alma en Gracia. Pero esta vida se ha incorporado en esa alma, de modo que es ella quien, de algún modo, debe dirigir su vida sobrenatural. ¿Cómo? El Espíritu Santo, pues, incorpora sus dones en el alma y la faculta para dirigir su vida sobrenatural. De este modo, los actos sobrenaturales que el alma ejecuta

pasan a ser dirigidos por el Espíritu Santo y por ella misma, en conjunto. Por eso el Apóstol ha dicho con toda verdad: *ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí*[13].

Este proceso divinizante es universal, abarca a la persona entera, por lo que afecta a todas sus facultades. Y es de tipo existencial, es decir, sin suprimir la calidad humana del sujeto, lo eleva a otro nivel ontológico. Por lo que el P. Osvaldo nos propone la siguiente analogía:

“la esencia de la persona racional es a sus potencias subjetivas ennoblecidos por sus *habitus*, lo que la Gracia deiformante es a su cortejo de virtudes y dones del Espíritu Divino”[14].

Esta verdad es enseñada en el lenguaje técnico de la teología al decirse que la Gracia no es un simple hábito operativo sino entitativo; porque los hábitos operativos sobrenaturales son las virtudes infusas. De este modo, la gracia inhiere en la esencia del alma, mientras las virtudes infusas en las facultades operativas, convirtiendo sus actos naturales en sobrenaturales.

Somos, pues, convertidos en un *alguien* sobrenatural, compuesto por una persona natural y la Gracia deiformante. Pero no nos hallamos ante un monstruo, porque hay un solo acto de existir, el de la persona natural; por ello no somos hijos naturales de Dios sino adoptivos. Ante realidad tan misteriosa e inefable nuestras explicaciones resultan deficientes, pero en algo nos ayudan a comprender tan grandes misterios. Si se nos permite, digamos que la Gracia nos confiere un *sobreexistir*, no una sobrenaturalaza o sobreesencia. De ahí que, desde el exterior, nada se note. Pero ahora podemos invocar al Dios de inmensa majestad como nuestro Padre. Haremos lo mismo, si se quiere, que el no divinizado, pero nuestros actos son sobrenaturales por emanar de un sujeto adoptado por Dios como hijo suyo. Como este carácter es cuasi substancial, se es tal de modo continuo, no a ratos o para ciertos actos. De ahí el catastrófico efecto del pecado mortal, que por algo se llama así. Como todos los actos emanan de la misma persona racional, sean espirituales o carnales, así también emanan de un hijo de Dios por adopción, por lo que obtienen un valor sobrenatural y salvífico. Por ello no se es católico a ratos o en la sacristía, sino siempre y a toda hora. Así comprendemos aquello de san Pablo: “...ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier cosa, todo habéis de hacerlo para gloria de Dios”[15]. Lo que no se reduce a una intención moral, sino que expresa nuestra condición, porque la operación sigue al ser y es nuestro ser el que ha sido sobreexistencializado por la gracia[16]. Por la misma razón, su mérito radica más en la calidad del sujeto, que en la obra realizada. De ahí la primacía absoluta de la caridad, la más

importante de las virtudes infusas por la Gracia en nuestra entidad natural. La misma fe, sin la cual es imposible agradar a Dios, depende del influjo de la caridad en la inteligencia.

CONCLUSIÓN

Para rendir este homenaje a ese gran profesor, teólogo y filósofo, que fue nuestro querido P. Osvaldo Lira Pérez, SS.CC. (1904-1994) he elegido un pequeño ensayo en que expresé, mejor que en ninguna parte, esta visión ontológica del ser católico y que, hoy por hoy, no se oye en la predicación dominical ni en los textos catequéticos, ni en ninguna parte. Al P. Osvaldo, que era metafísico nato, le dolía profundamente la ausencia de doctrina sólida en la predicación y en la teología actuales. Porque, podríamos decir, le dolía profundamente el abandono de la metafísica tomista por tantos y tantos teólogos que prefieren dedicarse a aspectos sociológicos, psicológicos o, a lo más, morales, y callan lo que realmente hay de más sublime en la Revelación. ¡Hasta nuestra relación con Dios se ha rebajado a la categoría síquica de la amistad! Al menos es de desear que los tomistas que se reúnen a cultivar el pensamiento del *Doctor Communis* sepan alzar su mirada y meditar la Revelación con la ayuda de la ciencia por excelencia, la metafísica.

Prof. Dr. Juan Carlos Ossandón Valdés

OBRAS de O. LIRA PÉREZ.

- “Nostalgia de Vázquez de Mella”. Editorial Andrés Bello. 2ª edición Santiago. Chile. 1979.
- “Visión Política de Quevedo”. Seminario de Problemas Hispanoamericanos. Madrid. 1948 .
- “La Vida en Torno”. Revista de Occidente. Madrid. 1949.
- “Hispanidad y Mestizaje”. Editorial Covadonga. 2ª edición. Santiago. Chile. 1985.
- “Ortega en su Espíritu”. Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago. Chile. 2 volúmenes: 1965 y 1967.
- “Poesía y Mística en Juan Ramón Jiménez”. Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago. Chile. 1970.

- “El Misterio de la Poesía”. I. El Poeta. II. El Poema. III. La Clave del Poema y del Poeta. Ediciones Nueva Universidad. Santiago. Chile. Vol. I, 1974; vol. II, 1978, vol. III, 1981.
- “Verdad y Libertad”. Ediciones Nueva Universidad. Santiago. Chile. 1977.
- “De Santo Tomás de Aquino a Velásquez, pasando por Lope de Vega”. Academia Superior de Ciencias Pedagógicas. Santiago. Chile. 1981.
- “El Orden Político”. Editorial Covadonga. Santiago. Chile. 1985.
- “Ontología de la ley”. Editorial Conquista. Santiago. Chile. 1986.
- “Catolicismo y Democracia”. Corporación de Estudios Nacionales. Santiago. Chile. 1988.
- “Cultura y Ética”. Corporación de Estudios Nacionales. Santiago. Chile. 1989.
- “Derechos Humanos: Mito y Realidad”. Nuevo Extremo. 1993.

ONTOLOGÍA DEL CATOLICISMO

El P. Osvaldo explica el estatuto ontológico del catolicismo por analogía con el estatuto de la persona. El catolicismo otorga a la persona una elevación existencial, cuasi substancial, que la convierte en hija de Dios, lo que no puede hacer ninguna otra religión. De este modo, no solo los actos formalmente religiosos quedan ennoblecidos, sino toda actividad que dimane de ese sujeto sobreexistencializado adquiere un valor sobrenatural único. El catolicismo, pues, es una vida, no una mera religión como hay tantas.

JUAN CARLOS OSSANDÓN VALDÉS

Es Profesor de Filosofía (P.U.Católica de Chile, 1963); Licenciado en Filosofía y Letras (U. Complutense. Madrid. 1965), Doctor en Filosofía y Letras (U. Complutense. Madrid, 1966). *Actividad docente*: Puerto Rico: Catholic University of Puerto Rico. Ponce (1967-1972). Chile: P. U. Católica de Chile, U. Santa María, U. Metropolitana de Ciencias de la Educación, U. Gabriela Mistral. Actualmente ejerce la docencia en la P. U. Católica de Valparaíso y en la U. Adolfo Ibáñez de Viña de Mar. *Publicaciones*: Autor de varios libros y numerosos artículos publicados por revistas especializadas nacionales y extranjeras. Ha dictado charlas a través de todo el territorio nacional y en el extranjero.

-

[1] “Catolicismo y Democracia”. Corporación de Estudios Generales. Santiago. Chile. 1968. Pág. 10.

[2] O.C. pág. 37.

[3] “Cultura y Ética”. Corporación de Estudios Nacionales. Santiago Chile. 1989. Pág. 117.

[4] “Catolicismo...” pág. 40.

[5] *Ibíd.*, pág. 51.

[6] Cf., por ejemplo, san Pablo: Rom. VIII, 15-17; san Juan 1ª carta, III, etc.

[7] O.C. pág. 53.

[8] “Cultura y ...” Pág. 114.

[9] O.c. pág. 113.

[10] Rom. VIII,19 y 1 Jn. 3,2.

[11] Cfr.”Catolicismo y...” Pág. 71.

[12] O.C. pág. 81.

[13] O.C. pág. 87.

[14] O.C. pág. 89.

[15] 1 Cor. X,31.

[16] O.C. pág. 94-95.